

MONITOR DEL COMERCIO

PERIODICO SEMANAL DE ANUNCIOS Y NOTICIAS MERCANTILES Y LITERARIAS.

Lo publica el Establecimiento de D. Francisco de P. Mellado.—Calle de Sta. Teresa, núm. 8.—Madrid.

PRECIO DE SUSCRICION: 8 rs. por trimestre en Madrid y 10 en provincia.—PRECIO DE LOS ANUNCIOS: 50 céntimos por línea de cuarenta letras.
—SE SUSCRIBE y se reciben los anuncios, en Madrid en el despacho del Establecimiento y en las librerías de Durán, Bayli-Bailliere, Cuesta, Moya y Plaza, Sanchez, Viana, Villaverde, Lopez, Guíjarro, Hernando, de la Publicidad y Americana. En provincia por conducto de los corresponsales ó enviando el importe en letra ó sellos de franqueo.

LOS PURIS.

La comarca llana y sombría al Norte del río Paraíba en el Brasil, está habitada por una tribu de indios conocidos bajo el nombre de puris. Los detalles siguientes acerca de sus costumbres están sacados de los viajes del príncipe Maximiliano que visitó el Brasil en 1818. Habiendo enviado un mensajero á los bosques para anunciar á los puris la intención que tenía de visitarlos, el príncipe añade:

«Cinco hombres y tres ó cuatro mugeres con sus hijos aceptaron la invitación que les hicimos de que viniesen á nuestro encuentro. Todos eran de pequeña estatura, pues ninguno tenía arriba de cinco pies y tres pulgadas; la mayor parte, así como las mugeres, eran cuadrados y rechonchos; y á escepción de algunos que llevaban pedazos de trapos en derredor de la cintura, ó pantalones cortos que los portugueses les habían dado, todos estaban enteramente desnudos. Unos tenían la cabeza rapada, otros tenían el cabello cortado solo en la parte superior de la frente y de la nuca: algunos tenían rapada la barba y las cejas, aunque generalmente todos tenían poca barba. Unos se habían pintado en la frente y en las mejillas manchas redondas y encarnadas, y todos se habían trazado los brazos con rayas azules; tenían también en derredor del cuello collares compuestos de granos negros y duros, y en medio de los cuales aparecían colgados muchos dientes caninos de monos, gatos ú otros animales carniceros. Los hombres llevaban en sus manos los arcos y las flechas, que cambiaban por bagatelas, así como todo cuanto tenían tan pronto como nosotros les hicimos presente nuestro deseo de cambiar.

«Acogimos á estos salvajes muy afectuosamente. Dos de entre ellos se habían educado con los portugueses, cuyo idioma hablaban, aun cuando con alguna dificultad. Les dimos cuchillos, espejos y bebimos con ellos algunas botellas de ron, cuyo presente los puso de muy buen humor y con el cual ganamos su confianza. Les anunciamos que al día siguiente queríamos penetrar en sus bosques, si es que gustaban recibirnos allí, y prometiéndoles llevar objetos que les agradarían, se despidieron muy satisfechos regresando á su soledad lanzando gritos de alegría.

«Al otro día por la mañana apenas hubimos salido de la casa cuando distinguimos á los salvajes que salían de su valle. Corrimos á su encuentro, les regalamos ron y los seguimos á sus bosques. Cuando nos hallábamos á cierta distancia vimos toda la horda de puris tendida sobre la yerba. Aquella reunión de hombres atezados todos ellos desnudos, presentaba un gol-

pe de vista muy singular é interesante. Hombres, mugeres, niños, todos estaban estrechados los unos contra los otros y nos contemplaban con un aspecto curioso y tímido á la vez. Todos se adornaron lo mejor que pudieron. Un cierto número de mugeres llevaban un pedazo de lienzo ceñido á la cintura ó colgado del cuello; pero la mayor parte de ellas estaban completamente desnudas. Varios hombres se habían atado al derredor de la frente, á guisa de adorno, un pedazo de piel de mono, y otros tenían sus cabellos de un todo rapados. Las mugeres llevan los hijos siempre consigo.

«Varios hombres y varias jóvenes habían prodigado los colores para pintarse, tenían una mancha encarnada sobre la frente, otra sobre las mejillas y hasta rayas en todo el rostro; algunos niños tenían la piel como atigrada á consecuencia de la infinidad de manchas de que se habían cubierto el cuerpo. La pintura del cuerpo parece ser arbitraria entre ellos y depender únicamente del gusto de cada uno.

muger sostiene la lumbre y asa algun pedazo de carne puesto en la estremidad de un asador de palo. La lumbre llamada *poté* por los puris, es un objeto de primera necesidad para todos los pueblos del Brasil; jamás la apagan, y la mantienen ardiendo toda la noche, pues como no están vestidos tendrían frío si se viesen privados de ella; además la lumbre les proporciona la ventaja de ahuyentar á las fieras de sus cañas.

«Dicen que los puris matan muchos monos en la comarca donde estábamos; y en efecto nos presentaron varios trozos de estos animales que nos querían vender; despedazan con los dientes estos manjares medio asados, y añaden que devoran por venganza la carne humana, aunque ya no se encuentra hoy la menor señal de esta bárbara costumbre; se la han atribuido los escritores antiguos, que suponen que estos pueblos se comen los muertos para darles la última señal de afección.

«Cuando llegamos á sus *hutás* se abrió al momento un comercio de cambio; regalamos á las mugeres espejos; todos aquellos salvajes recibían con gusto gorros encarnados, pañuelos encarnados y cuchillos. Nos dieron en cambio arcos y flechas. Cuando se les da un cuchillo rompen inmediatamente el mango y ponen otro á su gusto, colocando la hoja entre dos pedazos de madera que atan fuertemente con una cuerda.

«Una insensibilidad feroz es uno de los principales rasgos del carácter de estos salvajes; es una consecuencia necesaria de su manera de vivir. El deseo de la venganza, un poco de envidia, una inclinación irresistible hacia la libertad y á la vida vagabunda, componen el fondo del carácter de este pueblo. Comunmente tienen muchas mugeres cuando pueden mantenerlas; en general no las maltratan, pero las consideran como propiedad, es necesario que hagan lo que ellos quieren, y en su consecuencia caminan como animales de carga en los viajes, al mismo tiempo que el hombre marcha á su lado, llevando tan solo sus armas.»

LA RONDA DE PAN Y HUEVO (1).

Sigue la noche, lector, no te asombre, porque ya te dije, que en las regiones de lo pasado, el día tardaba mucho en llegar.

Estaba encendida la antorcha de la civilización, pero ya habrás observado que las luces nuevas, tar-

(1) Ayer, hoy y mañana, cuadros sociales de 1800, 1850 y 1899, por don Antonio Flores.—Tomo I.º, cuadro XIV, página 193.—Véase el anuncio en el lugar correspondiente.



Gruta de puris.

«Una vez satisfecha nuestra primera curiosidad rogamus á los salvajes que nos llevasen á sus habitaciones, que llaman *hutás*. Toda la tribu se adelanta y nosotros la seguimos á caballo. Atravesamos primero un campo de cañaverales de azúcar; en seguida penetramos por un estrecho sendero, y últimamente encontramos en el bosque algunas *hutás*: es la cosa mas sencilla que puede imaginarse. Véase allí la hamaca suspendida entre dos árboles; inmediato se ve una pequeña fogata, el arco y las flechas del jefe de la familia, se hallan apoyados contra uno de los árboles indicados, y los perros reciben con fuertes ladridos al extranjero que se aproxima á estas residencias solitarias.

«Estas *hutás* son pequeñas y se ven espuestas por todos lados á las vicisitudes de la atmósfera, de suerte que durante un mal tiempo los habitantes se enlazan los unos contra los otros sentándose encima de la céniza y en derredor de la fogata. El hombre está tranquilamente acostado en la hamaca, mientras que la

dan mucho en tomar el incremento necesario para disipar las tinieblas. Sigamos, pues, á oscuras, pero no tengas miedo, que yo conozco el camino, y te he de ahorrar muchos tropiezos.

No sé si has almorzado de *tenedor*, cosa que entonces se usaba y no se decía, ni sé tampoco si has comido fuerte, ni menos tarde, pero por temprano que lo hayas hecho, no te apures, y sin detenerte á cenar, vente conmigo.

Quiero suponer, aunque no me gusta la suposición, que no tienes que comer; ¿crees por eso que te vas á morir de hambre?

Estamos, á Dios gracias, en España, que no en Inglaterra, ni menos en Irlanda, y en nuestro país, vuelvo á dar gracias á Dios, si no hay para cada Elías pobre un cuervo que le lleve un pan diario, hay diariamente muchas raciones de pan para los pobres.

Tú vén conmigo, aunque sea en ayunas, que yo te prometo que no has de ayunar un solo instante.

Acuérdate, sin embargo, de que estamos en 1800, y no esperes que te lleve á ningún *buffet*, á donde puedas *dejeuner*, después de pasar la *soirée* en un *raout*. Yo solo me comprometo á darte de comer, en el caso de que no tengas cosa mejor que llevar á la boca, un par de huevos y un cuarteron de pan. Y esto no en mesas á la *rusa*, ni trinchado por cocineros franceses, sino en la gran mesa redonda de la Providencia; y servido por los caritativos cofrades de la antigua y Santa hermandad de Nuestra Señora del Refugio y Piedad de esta corte.

Cuando tú estabas absorto viendo encender los faroles del alumbrado, han salido ellos á correr las calles de la capital cargados de pan y huevos cocidos, para socorrer á los necesitados.

Y no creas que ellos son algunos criados de la Hermandad, ni menos unos cocineros cualesquiera, sino los mismos hermanos, individuos todos de las primeras familias de la corte.

Y no creas, tampoco, que te arrojarán ese sustento como una limosna, sino que se llegarán á ofrecerte con amor, en nombre de Dios, y rogándote que no hagas estéril su caridad. Caridad que, sea dicho de paso, tendrás tú por filantropía, aunque dudo mucho que ellos tuvieran tu filantropía por caridad.

Tampoco quisiera que se te antojara creer que todos los hombres servían para entrar en la Hermandad, por solo el hecho de ser caballeros; porque has de saber, que los seglares era preciso que fuesen decentes, y virtuosos y bien afectos á obras piadosas, con otros mas requisitos de que seria prolijo enterarte y que tú comprenderás, apenas tropecemos con alguna ronda de las que el vulgo llama de pan y huevo.

Y por que no haga el diablo que vengamos por el cuartel opuesto al que ellos estén visitando, iremos al Refugio para ver como se preparan á la visita.

Un sacerdote y dos seglares, son los tres hermanos que ha nombrado el mayor; y esos, acompañados de un criado, que no dejará de llevar linterna, aunque la noche sea clara, y á pesar de los faroles, constituyen la ronda.

Al sacerdote le está prevenido el uso del *cuello*, y los seglares no podrán llevar montera, ni armas vedadas, ni trage indecente. El criado, vigilará el cumplimiento de esa parte de los estatutos, como asimismo si sus amos se paran á conversar con alguien, ó á comer ó beber, y de ello dará cuenta al secretario, para que éste lo haga al hermano mayor. ¡Figúrate si este cambio de papeles no es ya una garantía de humildad evangélica! pero sígueme y calla, que aun las has de ver mayores.

Reunidos en la enfermería, al toque de Oraciones, y después de rezar las de costumbre y de estatuto, para prepararse á las buenas obras que les tiene encargadas la Hermandad, se dirigen al cuartel designado para la ronda.

Examinan, antes de salir, los memoriales que han entrado en el *cepillo*, y disponen lo conveniente para que sean socorridas las necesidades de que en ellos se les da noticia.

Pero no siendo estas urgentes, se dejan hasta las primeras horas del nuevo día, y los diferentes veedores, nombrados al efecto, practican esos ejercicios en las visitas de día. Por la noche solo pueden salir á visitar las rondas, y los veedores de incendios, los cuales, apenas tienen noticia de alguno, deben acudir al lugar de la desgracia, con camillas para transportar los enfermos ó los impedidos.

La ronda no va á cosa hecha, sino al acaso, y precedidos del criado, con su indispensable linterna, salen del Refugio los dos seglares, llevando en medio al sacerdote, con paso grave y á guisa de pontifical.

Sin alzar los ojos del suelo, pero tendiendo la vista á izquierda y derecha, registran las plazas, tenderetes, mesones y zaguanes de las casas, animándose al divisar en lontananza una sombra cualquiera, que puede ser la de un guardacanton, pero que á ellos se les antoja ser la de algun pobre que necesita los socorros de la Hermandad.

Si con efecto, no les ha engañado su piadoso deseo, y tropiezan con un ser racional, que rendido del hambre y del cansancio, reposa en el dintel de una puerta ó yace tendido en medio de la calle, reconócenle brevemente á la luz de la linterna, y le suministran los auxilios necesarios.

El criado, autómatas legítimos, como todos los de su especie, apenas hace alto la ronda, mete la mano en el canasto de las provisiones y prepara una libreta y un par de huevos.

Los hermanos del Refugio, rodean mientras tanto al desvalido, le examinan, le dirigen palabras de consuelo, y cuando se han persuadido de que no tiene otra enfermedad que el hambre, le entregan el alimento, que les alarga el criado, y siguen adelante su camino.

Si tropiezan, por el contrario, con un enfermo, que no pueda moverse ni tomar alimento alguno, el eclesiástico le exhorta á que piense en la salvación de su alma, y reunido, en breve consulta con sus compañeros, acuerdan la traslación de aquel infeliz á la enfermería de la casa. Pero como podrían abreviarle la vida, moviéndole sin el dictamen de un facultativo, corre el criado en busca de un cirujano ó á ser posible, de un médico, y autorizados por éste, le cargan sobre sus hombros y le llevan á la enfermería.

Allí le recibe el capellan semanal, y le exhorta á que se confiese, pero si se niega á hacerlo, le está prohibido insistir en ello, y aun en ese caso, le dan cama y cena, si en estado de cenar se halla, y al día siguiente le trasladan al hospital.

La ronda vuelve á continuar su ejercicio, hasta haber registrado todo el cuartel; y cuando pasa por algun cuerpo de guardia, y el centinela le dá el ¿quién vive? responde sin vacilar:

—España.

—¿Qué gente? vuelve á preguntar el centinela; y entonces dice, á voz en grito:

—La ronda de pan y huevo.

Socorre y recoge sin distinción, hombres, mugeres y niños, llevando á estos, si los halla perdidos, á casa de sus padres, y en el caso de ser expósitos, á la Inclusa.

No distingue en sus limosnas á los católicos de los hereges, y en el caso de hallar alguno de los segundos, solo le está prevenido que le atraiga á entrar en la importante plática de su conversión, en cuyo caso, debe alargar su hospedaje en el Refugio, todo el tiempo que fuere necesario.

Pero eso ya pertenece al interior de la casa, y nada queremos decir ahora que no sea exclusivo de la ronda nocturna. Ronda que han debido envidiarlos todos los pueblos civilizados, y con especialidad los que hoy tienen tantos arranques de filantropía y de socialismo.

En España hemos dado siempre poca importancia á los nombres de las cosas, pero difícilmente habrá un pueblo en el mundo mas humanitario ni mas generoso.

Y téngase en cuenta, que lo era cuando menos lo parecia, porque precisamente uno de los achaques de ayer, en materias de caridad, fué el de pregonar pocas cosas, y hacer muchas.

Hor en cambio ¡cambio funesto! ha vuelto la oración por pasiva, y se ha hecho mas amante de las palabras que de las obras.

¡MAÑANA!... Mañana será otro día y hablaremos. Excusada seria la última parte de esta obra, si ahora me anticipase á revelaros lo que en ella me propongo decirlos.

Lo que únicamente os diré es, que no habrá de seguro rondas de pan y huevo.

Y será porque faltan personas que quieran salir á recoger á los necesitados, ó porque no haya quien necesite ser socorrido?

Hé aquí el gran problema que hemos de resolver. Pero no en este momento, porque este momento le necesitamos para terminar el presente cuadro y aparejar el siguiente.

Sin el completo examen de la sociedad que pasó, nos seria imposible apreciar la que está pasando, ni inquirir algo de la que ha de pasar.

Solo conociendo íntimamente á los hombres de la fé, podremos acercarnos á los del vapor, para seguir con la vista á los de la electricidad.

Pasaron los primeros como un sueño pesado, del cual no conservamos otra cosa que un ligero aturdimiento y una incesante zozobra; se van los segundos como un torbellino deslumbrador que nos ciega, para que no veamos la esterilidad de sus movimientos, y se irán los últimos como un relámpago cuya luz no deja ver las obras que ilumina.

Los hombres de 1800, nos legaron un feto; los de 1850, nos van á dar un aborto, ¿habremos de esperar un fenómeno de los de 1899?

El tiempo nos aclarará el misterio.

Pero el tiempo tarda mucho en pasar, segun dicen las gentes, y para verle sin que haya venido, es preciso observar el rumbo que lleva, y los materiales que ha recibido á bordo.

Ni antes, ni ahora, ni despues, ha habido efectos sin causas, y cuando no se adivinan estas, consisten en no haber estudiado bien aquellas.

Yo te ruego, lector, que no pierdas nada de lo que voy presentando á tu vista, ni aun las cosas que te parezcan mas nimias y triviales, porque todas ellas sirven á nuestro propósito. Las que tú creas mas leves y mas sencillas, serán acaso las mas fuertes y las mas importantes.

El grano de arena que detiene el paso de una carroza, y decide el hundimiento de un puente, es la base de un edificio colosal y el que cierra la brecha en la muralla.

La experiencia te habrá enseñado que no hay amigo inútil, ni enemigo despreciable, y yo te aseguro, que aunque estos cuadros no están tan bien escritos como tú quisieras, y como yo deseo, en todos ellos has de hallar el germen de los venideros.

Por poco que pienses en lo que te digo, verás que tengo razon; pero para darte tiempo á meditarlo, te dispense de leer el cuadro próximo.

Entre la ronda de pan y huevo, y esta ronda de palabras que he hecho á su alrededor, se ha pasado la noche y ya que estoy despierto tan de madrugada, voyme á llegar un rato al vecino convento de frailes gerónimos.

Creo que no habrás hecho cosa por la cual te esté vedado pisar la clausura, ni mucho menos pienso que el Santo Oficio te haya declarado relapso, pero déjame llegar solo, y está seguro de que si viere alguna cosa notable, la pondré inmediatamente en tu noticia.

Si vivias y tenias uso de razon, veinte años atrás, habrás visto mas frailes de los que caben en el cuadro. Si no hubiese sido así ¿cómo ha de ser! tampoco has alcanzado la dominacion de los árabes, ni los autos de fé, y sin embargo, pasas la vida sin echar de menos ninguna de ambas cosas. Pues di, pata, y échate á dormir á pierna suelta, que antes de que soplen esos vientos, corre á mi cargo el despertarte.

HISTORIA DE UN INGLÉS

QUE TOMÓ UNA PALABRA POR OTRA (1).

(Continuacion.)

Al llegar á Lucerna el inglés y yo, teníamos ya tal intimidad que apenas se ponía colorado al hablarme, y hasta se había atrevido á hacerme una ó dos preguntas.

Nos apeamos en el *Caballo Blanco*, y mi primer cuidado fué preguntar al tío Franz por la salud de Jollivet: no podia éste ir mejor, y estaba fuera de cuidado. Ninguna de las balas habia penetrado en el pecho, la una habia resbalado por encima de una costilla, y habia salido por cerca de la columna vertebral, y la otra habia únicamente rozado los pectorales. Eché una mirada en torno mio, y no vi á Catalina: no tuve la indiscrecion de preguntar dónde estaba, y me fui en seguida á mi cuarto, que estaba desocupado. Mi compañero de viaje se quedó detrás para encargarse de la cena.

Hay en las posadas suizas una cosa excelente que se buscara en vano en las francesas, y son los baños, grande y delicioso remedio para el cansancio. Esto es mucho mas hospitalario, si se observa, como yo lo tengo visto, que los suizos no toman parte en este goce que reservan exclusivamente para los extranjeros. En cuanto á mí, mi pieza de estudio y trabajo por lo comun era el baño; allí escribia mis notas diarias, y no sé si lo cómodo y agradable que me hallaba en tales casos ha dado ese tinte de benevolencia hacia los hombres, y de admiración por las cosas, que me encuentro ahora desde la primera hasta la última página de mi album.

Del baño me habia pasado á la cama, y en ella dormia lo mas profundamente del mundo, cuando vinieron á despertarme para decirme que la cena estaba lista. Costóme un poco reponerme; me habia olvidado completamente del inglés, de su carruaje y de la cena, que entonces, lo confieso, habria deseado que no me los hubieran recordado.

Sin embargo, me levanté y bajé, y al atravesar la cocina vi en movimiento todas las cocineras, los asadores al aire y las cacerolas en revolucion. Pregunté si habia alguna boda en la posada, y si podria en ella bailar si tal habia; pero me respondieron que todos aquellos preparativos eran para nosotros. Hubo un momento en que llegué á creer que para honrarme, el inglés debia haber convidado al ayuntamiento de Lucerna, pero me desengañé al entrar en el comedor; no habia mas que dos cubiertos en la mesa.

(1) IMPRESIONES DE VIAJE, por A. Dumas.—SUIZA.

Nos sirvieron una comida para quince personas, y como nosotros, haciendo un gran esfuerzo, comimos apenas lo que pudieran tres, nuestras sobras, por tres días consecutivos, debieron abastecer la posada del *Caballo Blanco*.

El inglés soportó valerosamente el asalto, comenzaba evidentemente á acostumbrarse á mi trato; había comenzado por ponerse colorado al volverme á ver, pero paulatinamente fué desapareciendo aquel rubor, que no era natural, de sus mejillas. Al fin de la cena, cuando se trajo el ponche, estaba ya bastante natural, y gracias á algunos vasos de vino de Champagne, que le había decidido á beber, comenzaba á hablar casi como hablamos todo el mundo. Vi que había llegado la mejor ocasión para abordar los negocios serios.

—Y bien, le dije al tiempo de llenarle de ponche el vaso. ¿Qué hemos hecho del esplin? Me parece que se ha quedado en el fondo de la segunda botella de vino de Champagne.

—Si, me respondió con el acento propiamente melancólico de un hombre que empieza á estar alegre. Si estuviérais siempre conmigo, creo que acabaría por retirarse y quedaría libre para lo porvenir. ¡Pero lo pasado! lo pasado existirá siempre.

—¿Tan terrible es, pues, lo pasado?

—¡Ah! exclamó el inglés lanzando un suspiro.

—Vamos, vamos, confesémonos.

—Llenadme otro vaso de ponche.

—Ahí va; pero hablad despacito, si gustais, para que no os pierda ni una palabra.

—Si no tuviese este miedo, dijo el inglés vacilando.

—¿Qué, todavía!

—Trataría de contaros esto en francés.

—¿Cómo en francés! ¿Con que sabeis el francés?

—A lo menos lo he aprendido, me respondió cambiando de idioma, y dándome la prueba por respuesta.

—Amigo mío, sois poligloto en primer grado, y me haceis sudar hablandoos en italiano, que yo chapurreo únicamente, ó bien inglés que no hablo ni una palabra, cuando sabeis el francés como un hijo de la Turena. Hablad, pues, hablad. Me parece á mí que os burlais con esas ideas de timidez, de esplin y de misantropía. Desde ahora os prevengo que vuelvo á mi lengua materna, y que no salgo ya mas de ella: por otra parte, quien debe de hablar sois vos y yo únicamente oír. Todo lo mas que haré será servirlos ponche en el vaso: vamos, ahora ya no os daré mas que al fin de cada capítulo. A la salud vuestra, y para que Dios os desate la lengua como al jóven *Ciro*. ¿Sabeis el persa?

—Iba á aprenderlo cuando tuve la desgracia de heredar de mi tío las cien mil libras de renta, causa de todos mis pesares.

—Comencemos por el principio. Pues señor, había una vez... ahora os toca continuar.

—Primero es menester que sepais mi nombre.

—Tendré mucho placer en saberlo.

—Me llamo Williams Blímdel. Mi padre era un modesto labrador de las cercanías de Londres, que no habiendo recibido grande educación, sintió toda su vida el haber permanecido en su primitiva ignorancia. Así en vez de dedicarme á la labranza como era muy razonable, tuvo la fatalidad de hacerme sabio, y me envió á la universidad con intención de que fuese sacerdote. Mi llegada causó una sensación particular, porque yo siempre he sido alto y delgado y teniendo el pelo de color de algodón: aunque habitualmente pálido, á la menor emoción me he puesto siempre colorado como un pimiento, y por esta razón he sido recibido con risas y cuchicheos por mis camaradas, principiando desde aquel día mis infortunios. La certeza de que yo era un objeto de burla entre mis discípulos, el conocimiento de mi torpeza y timidez, y por fin, el aislamiento necesario por esto, fueron causa de que durante diez años que estuve en la universidad, no tomase parte en ninguno de los juegos que son la recompensa de los trabajos de los niños. Lejos de esto, ocupaba estudiando mis horas de recreo, y mis compañeros, que no podían dar con el verdadero motivo de mi soledad juzgaban que yo no lo hacía mas que para captarme la benevolencia de mis maestros; me acusaban de hipócrita mientras yo á mis solas lloraba á lágrima viva oyendo sus gritos de alegría, y haciéndome pagar con crueles burlas los triunfos que sobre ellos conseguía.

Al principio soporté todas estas tribulaciones con constancia y resignación; pero al cabo de diez y ocho meses ó dos años, se me hizo intolerable aquella vida, y hubiera muerto, creo, si la casualidad no me hubiese deparado un consuelo.

Las ventanas de nuestra escuela, elevadas á seis pies del suelo, á fin de que ningún objeto exterior distrajese el estudio de los alumnos, daban sobre un jardín consagrado, así como el nuestro, á la diversion de un colegio de señoritas. Mientras en una parte oía yo gritos estrepitosos, oía á veces en la otra parte cantos deliciosos. Sin embargo, pasaron diez y ocho meses, como he dicho, sin que me ocurriese la idea de

mirar por aquella ventana y distraer mis voluntarias penitencias por el espectáculo de la diversion de mis jóvenes vecinas, y cuando me ocurrió esta idea pasé aun una porción de tiempo antes de llevar á cabo aquella idea, sin disfrutar mas placer que una distracción maquinal, que embotaba momentáneamente el recuerdo de mis dolores: mas al fin fuéme necesaria aquella distracción, y apenas el maestro salía, dando el descanso de una hora y cerraba la puerta de la escuela, donde siempre me quedaba solo, ponía los bancos sobre la mesa, las sillas sobre los bancos, y subiéndome encima, echaba mis miradas distraídas sobre aquel enjambre de niñas que salía de la colmena y venía á zumbir hasta bajo las paredes de mi encierro. Entonces sentía que la naturaleza se había engañado haciéndome hombre, y que si yo hubiese sido de un sexo diferente, todos mis defectos hubieran sido virtudes, mi debilidad física una gracia, mi cordedad pudor, y solo mi pelo amarillento y mi rostro tan pronto pálido como colorado, á nada venía bien; pero al menos aquellas jóvenes tenían velos, bajo los cuales ocultaban los suyos.

Su recreo empezaba y concluía un cuarto de hora antes que el nuestro, y esto me servía de regla; cuando las veía entrar á las unas detrás de las otras, y desaparecía detrás de la puerta el vestido azul celeste de la última, bajaba yo de mi pedestal, ponía cada cosa en su lugar, y cuando los maestros y mis camaradas volvían, me encontraban echado sobre los libros, y ni sospecha tenían de que hubiese interrumpido mi trabajo.

Hacia ya dos ó tres meses que me procuraba esta distracción todos los días, conocía de vista á todas las educandas, estaba al corriente de sus hábitos, y hasta decía de sus caracteres; eran para mí cual flores vivas en un tapiz riquísimo. Sin embargo, tan indiferentes me eran unas como otras, y mi afecto se repartía entre todas como sobre hermanas.

Un día, entre todos aquellos rostros jóvenes conocidos, ví uno nuevo que no había nunca visto: era el de una niña sonrosada con cabellera rubia, con cabeza como la de un querubín. Aquella encantadora carita estaba llena de lágrimas. La pobre niña acababa de separarse de su familia, y creía no poder consolarse nunca mas. El primer día sus compañeras quisieron distraerla en vano; la herida estaba todavía demasiado fresca, y debía verter toda aquella sangre del corazón que se llaman lágrimas. Este episodio de mi novela me conmovió profundamente, veía yo un punto de semejanza entre aquella pobre niña y yo; pensaba que cual yo iba á llevar una vida triste y aislada, y sabiendo lo que yo había padecido, la tenía compasión, por lo que iba á padecer.

El día siguiente trepé á lo alto de mi pirámide con mas afán que tenía de costumbre hacerlo. Mi mirada abarcó todo el jardín: las muchachas jugaban como de costumbre, y la recién llegada estaba sentada al pie de un árbol entre otras dos niñas, que para consolarla se habían traído los mas lindos juguetes y sus mas ricas muñecas. La pobre reclusa no lloraba ya, pero tampoco jugaba. Toda la hora de recreo la pasó escuchando los consuelos de sus dos amigas, á las cuales dió la mano al irse. Al día siguiente, su lindo rostro no conservaba mas que débiles rastros de tristeza, y comenzó á tomar parte en los juegos de sus nuevas amigas: en fin al cabo de ocho días había olvidado con la ligereza de la infancia aquel nido maternal fuera del cual, débil avecilla, había creído que no podría vivir.

No había mas que yo cuya desgraciada organización no supiese hallar mas que penas donde descubrieran los demás placeres. Con esta certidumbre se aumentaban mas y mas mi tristeza y cordedad, y continué la dolorosa existencia que había empezado y de la cual no tenía fuerza para salir.

Sin embargo, un rayo dorado y alegre acababa de iluminar una parte de mi existencia. Entre mis veinte y cuatro horas sombrías tenía una hora de sol: era la hora que pasaban jugando las niñas bajo mi ventana. La última que había entrado, á quien oía llamar Jenny, era ya tan loca y tan risueña como sus compañeras; y aunque al principio me supo mal que no hubiese conservado aquella tristeza que la unía mas íntimamente conmigo, concluí al fin por perdonarla al verla tan dichosa. Todos los días aguardaba aquella hora de recreo con impaciencia. Apenas había llegado, cuando yo ocupaba ya mi sitio acostumbrado. Hubiera podido decir que no vivía mas que durante aquella hora, y que lo demás del tiempo aguardaba la vida.

Llegaron las vacaciones: las vi llegar casi con terror: eran seis semanas, durante las cuales no iba á ver á Jenny. La idea de volver al seno de mi familia que me amaba tanto, de volver á ver á mi padre, que desde la muerte de mi madre había concentrado en mí todo su afecto, no eran mas que un débil consuelo á mis penas. Solo entre los demás compañeros que estaban llenos de alegría por la llegada de esta época, persistía triste y pensativo. Sin embargo, estaba muy distante de pensar en el exceso de pesar

que me amagaba. Yo había siempre presumido que la época de las vacaciones era la misma en ambos establecimientos, y calculaba el número de días que me quedaban para ver á Jenny, cuando una mañana al subir á mi acostumbrado tablado hallé vacío el jardín.

No comprendí al pronto la causa, creí que á mí se me había adelantado la hora y retrasado á las niñas; esperé que se abriese la puerta, por donde solía salir aquella bandada de palomas; pero permaneció cerrada y el jardín desierto. Entonces comprendí la verdad, mi corazón se comprimíó y corrieron por mis ojos silenciosas lágrimas. No pudiendo ya calcular la hora por la retirada de las pensionistas, me estuve allí llorando; al volverse á abrir la puerta para la segunda lección me sorprendieron con los ojos llenos de lágrimas sobre mi tablado. Quise bajar aprisa, se me resbaló un pie, caí de cabeza sobre la esquina de un banco; levantáronme desmayado, me llevaron á la enfermería, con la cabeza abierta por esta herida, de la que conservo esta cicatriz que todavía veis.

Mis maestros me amaban en razon inversa del odio que me tenían mis compañeros. Para ellos era yo un niño dócil, humilde y trabajador: nunca me habían tenido que castigar por perezoso, travieso ó desobediente, y la facilidad que yo tenía en aprender y retener lo que aprendía, les hacía esperar que sería con el tiempo una lumbrera de la Iglesia.

No calculaban que mi timidez, pues no vivían en el mundo, podría ser tan fatal, y no hacían nada para hacérmela perder. De ahí es que mi desgracia causó un general pesar á todos mis profesores, prodigáronse los mayores cuidados; y gracias á la general benevolencia que me manifestaron pude tomar mis vacaciones al mismo tiempo que los demás estudiantes.

(Se continuará.)

REVISTA MERCANTIL. Se observa poco movimiento en los mercados de cereales. Las existencias son cortas y por lo tanto es fácil su colocación al detall al precio corriente de 42 rs. las 94 libras.

En Arévalo y Medina la tendencia á la baja se deja ver en el lánguido curso de las operaciones, deteniéndose el indicado movimiento por la falta de consecuencia en los mercados.

En Santander se han hecho algunas operaciones en harinas de primera á 16 1/4 rs.; las de segunda se cotizan de 15 á 15 1/2; y las de tercera de 13 á 14 rs. arroba nominal.

Algunas partidas de azúcares se han realizado y por otras se han hecho buenas ofertas, que no han sido admitidas por los dueños, prefiriendo estos almacenar. Segun nos aseguran, se han vendido por 42 reales arroba 350 cajas surtidas de dorados bajos, regulares y blancos regulares, y 100 cajas quebrado regular á 40 rs. arroba, ambas partidas en primeras manos.

De cacao se han presentado varias muestras, principalmente del de Caracas. Ha habido pocas operaciones de dicho fruto, por pretender los tenedores precios elevados. Al fin se han vendido 140 sacos Caracas superior al elevado precio de 75 pesos quintal y otros 50 á 60. clase regular, y buena mezclado á 68 1/2 pesos. De Guayaquil ha llegado el bergantín *Panamá* con 2,200 quintales de dicho grano y ha rechazado las ofertas que ha tenido. Los detallistas tendrán que pagar un buen precio, porque el único y principal tenedor pretende 26 2/3 pesos por quintal.

El mercado de Barcelona no presenta aspecto mas favorable que los de Castilla.

En Sevilla no ha cesado el frío y se espera la lluvia con ansiedad. En los partidos de la provincia, la cosecha de aceite ha sido escasa, pero de buena calidad; en otros mas distantes parece que ha sido abundantisima.

Este artículo no carece de esportacion, pues forma parte de los cargamentos que se llevan los vapores del Norte, y aun se dice que hay algun pedido para Francia. Así es que á pesar de las entradas las ventas se hacen con alguna mejora de precio, y al parecer con tendencia á mayor subida.

BOLSA DE MADRID.

Cotizacion oficial del 17 de febrero.

FONDOS PUBLICOS.

Titulos del 3 por 100 consolidado, 51-30.

Idem diferido, 46-25 d.

Deuda amortizable de primera clase.

Idem de segunda, id.

Idem del personal, 23-10.

CAMBIOS.

Londres á noventa días fecha, 50-15.

Paris á ocho días vista, 5-22.

EDITOR RESPONSABLE, D. JOAQUIN BERNAT.

IMPRENTA DEL ESTABLECIMIENTO DE MELLADO,

A CARGO DE D. JOAQUIN BERNAT,

Costanilla de Santa Teresa, núm. 3.—Madrid.—1863.

AYER, HOY Y MAÑANA.

CUADROS SOCIALES

DE 1800, 1850 Y 1899,

POR

D. ANTONIO FLORES.

Esta obra, cuya publicacion se suspendió en 1853, sale de nuevo á luz corregida y considerablemente aumentada la parte primera, de la cual en aquella época se agotaron dos numerosas ediciones, y se continuará sin interrupcion hasta su conclusion.

Se ha publicado el tomo 1.º que contiene los cuadros siguientes:

Dos palabras de buena crianza, ó nadie pase sin permiso del portero.—La gaceta de la capital en 1800.—Las gradas de San Felipe el Real.—A pares, como los frailes.—Una madrugada en 1800.—El corral de las comedias.—La botillería de Canosa.—Una visita, un visitero y un visiton.—Un visiton.—Pasatiempos honestos.—Juegos de prendas.—Las prendas del juego.—El duelo se despide en la casa mortuoria.—El siglo de los faroles.—La ronda de pan y huevo.—Un convento de frailes.—La sopa boba.—El derecho electoral en 1800.—A capítulo van los frailes.—Un capítulo general.—El pecado mortal.—Un viaje en 1800.—Las vísperas de un viaje.—La primera jornada.—La ciencia de la aldea.—La fiesta del santo.

Toda la obra constará de seis tomos en 8.º de mas de 300 páginas cada uno.

Precio 10 rs. tomo en Madrid y 12 en provincia.

OBRAS DE A. DUMAS.

IMPRESIONES DE VIAGE.

Cinco tomos en 4.º mayor á dos columnas, con grabados aparte del testo, que comprenden toda la coleccion en esta forma:

Suiza; un tomo en 4.º Precio 12 rs. en Madrid y 14 en provincia.

Mediodía de la Francia.—Un año en Florencia; un tomo en 4.º Precio 12 rs. en Madrid y 14 en provincia.

La Villa Palmieri.—El Speronare; un tomo en 4.º Precio 12 rs. en Madrid y 14 en provincia.

El capitán Arena.—El Corricolo; un tomo en 4.º Precio 12 rs. en Madrid y 14 en provincia.

Las orillas del Rhin.—Quince días en el Sinal; un tomo en 4.º Precio 12 rs. en Madrid y 14 en provincia.

NOVELAS.

Tres mosqueteros; un tomo en 4.º con grabados. Precio 16 rs. en Madrid y 20 en provincia.

Veinte años despues; dos tomos en 4.º Precio 16 rs. en Madrid y 18 en provincia.

ELENA DE ORLEANS.

POR A. DUMAS (PADRE).

Novísima traduccion castellana, enriquecida con bellas láminas litografiadas á dos tintas por nuestros mejores artistas.

TERCERA IMPRESION.—Habiendo procedido á la reimpression de las entregas que se habian agotado completamente de esta hermosa novela, tan recomendada por la prensa de Madrid y provincias, como una de las mejores de su célebre autor, se abre de nuevo la suscripcion.

Consta de 26 entregas, á 8 cuartos cada una, en toda España.

Se suscribe en Madrid en la administracion, Jardines, 22, y en la librería de D. L. Lopez, Carmen, 29.

Los pedidos de provincia se dirigirán directamente al administrador de la obra D. Antonio Marzo y Fernandez, Jardines, 22, principal, Madrid, y se sirven á correo seguido.

Advertencia. Los señores que deseen conocer la obra se servirán pedir la 1.ª entrega y se les mandará al momento.

HISTORIA

DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO FRANCES.

por Mr. A. Thiers.

Esta obra es continuacion de la HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA, del mismo autor.—Comprende hasta la conclusion del famoso período conocido con el nombre de Los Cien Días.

Consta de veinte tomos en 8.º de mas de 600 páginas.—Precio 14 rs. cada uno en Madrid y 16 en provincia.

Se ha repartido el tomo diez y nueve. Se halla en prensa el veinte y último, que se repartirá á la mayor brevedad.

Se suscribe y se hallan de venta las obras en Madrid en el Establecimiento de Mellado, calle de Santa Teresa, núm. 8, y en la librería de Durán, Carrera de San Gerónimo; en la de Baylli-Bailliere, plaza del Príncipe Alfonso, núm. 8; en las de Cuesta, Moya y Plaza, Sanchez, Viana, y Villaverde, calle de Carretas; en la de Lopez, calle del Carmen; en la de Olamendi, calle de Pantejos; en la Americana, calle del Príncipe; en la de Gujaro, calle de Preciados; en la Publicidad, Pasaje de Matheu, y en la de Hernando, calle del Arenal. En provincias por conducto de los corresponsales ó enviando letra del importe.

BETEGON ORTIZ Y COMPAÑIA.

Sociedad MERCANTIL protectora de las artes, el comercio y la industria, bajo la direccion de su fundador el señor BETEGON, procurador de los tribunales de Valladolid y su partido. CENTRO GENERAL DE NEGOCIOS, COMISION Y CONSIGNACION DE MERCANCIAS en correspondencia con las principales casas del reino y el extranjero. Tambien se dedica á toda clase de OPERACIONES DE GIRO Y BANCA. Admite cuantos NEGOCIOS JUDICIALES se la confien, ya correspondan á los tribunales ordinarios, al de comercio, al de guerra ó al eclesiástico, y por último ADMINISTRA toda clase de fincas por solo un CUATRO POR CIENTO ANUAL y se anticipan cantidades sobre rentas de las mismas.

Las oficinas se hallan establecidas en Valladolid, Plaza de Santa María, núm. 15.

EL ANTIGUO MADRID.

PASEOS HISTORICO-ANECDOTICOS, por don Ramon de Mesonero Romanos. Un tomo en 8.º mayor de 500 páginas, de impresion esmerada, en buen papel, adornado con grabados y láminas aparte del texto grabadas en piedra, que representan los sitios, plazas y monumentos mas notables. Precio 34 rs. en Madrid y 38 en provincia.

La reina Margarita; un tomo en 4.º Precio 12 rs. en Madrid y 14 en provincia.

La dama de Monsoreau; dos tomos en 4.º Precio 20 rs. en Madrid y 24 en provincia.

Los Cuarenta y cinco; dos tomos en 4.º Precio 20 rs. en Madrid y 24 en provincia.

El caballero de Casa Roja; un tomo en 4.º Precio 12 rs. en Madrid y 14 en provincia.

El caballero de Harmental; un tomo en 4.º Precio 12 rs. en Madrid y 14 en provincia.

El capitán Pablo; un tomo en 4.º Precio 10 rs. en Madrid y 12 en provincia.

El conde de Montecristo; dos tomos en 4.º Precio 30 rs. en Madrid y 34 en provincia.

Los Mil y un fantasmas, cuentos de media noche; un tomo en 4.º Precio 12 rs. en Madrid y 14 en provincia.

El vizconde de Bragelonne; dos tomos en 4.º Precio 32 rs. en Madrid y 36 en provincia.

HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA.

POR A. THIERS. Segunda edicion española. Seis tomos en 8.º Precio, 64 rs. en Madrid, y 74 en provincia.

CAJA DE SEGUROS

Y SEGURO MÚTUO DE QUINTAS

DEL ESTABLECIMIENTO DE MELLADO.

ASOCIACION GENERAL PARA REDIMIR EL SERVICIO DE LAS ARMAS,

AUTORIZADA POR EL GOBIERNO DE S. M.

Esta Sociedad en el tiempo que lleva de existencia ha pagado mas de DOS MILLONES DE REALES á sus asegurados para redimir el servicio de las armas, y en el último sorteo, despues de entregar la suma de OCHO MIL REALES á todos los declarados soldados, hubo un sobrante á favor de los libres de mas de 34 por 100 del capital que impusieron. La suscripcion se divide en dos clases:

1.ª **LOS SEGUROS A CUOTA Y PLAZO FIJO** aplicables á los niños desde el nacimiento hasta que cumplen la edad de quince años, y se hacen pagando las cuotas únicas, anuales, ó mensuales que señala una tarifa especial calculada para obtener la suma de ocho mil reales, en el caso que toque la suerte de soldado al joven que se asegura, pero si éste se muere, se exceptúa ó queda libre, se devuelve al suscriptor la cantidad que impuso.

2.ª **LOS SEGUROS A CUOTA Y PLAZO VOLUNTARIO**, que pueden hacerse en todas las edades, pero se aplican principalmente á la de diez y seis á veinte años, ó sea hasta la víspera del sorteo. En estos seguros no hay cuotas determinadas; cada uno paga lo que quiere, y el importe de lo que todos pagaron se reparte entre los que salen soldados; pero segun cálculo aproximado para que el reparto cubra la suma de ocho mil reales, poco mas ó menos, los que se suscriban á la edad de diez y nueve á veinte años deben pagar: 2,650 rs. si residen en distritos donde puedan suponerse cuatro mozos útiles por soldado, 3,500 en los distritos en que la proporcion se aproxime á tres mozos útiles por soldado, y 5,250 en aquellos donde no pase de dos mozos útiles por soldado.

Con estas cuotas pueden aspirar los que les toque la suerte, á percibir la suma necesaria para redimirse, ó acaso mas, y á los libres quedarles en depósito una reserva suficiente quizás á asegurar el riesgo de las edades sucesivas, y si es favorable la suerte al reparto de algun sobrante.

No se exigen al tiempo de suscribirse derechos de gerencia ni mas gasto que diez rs. por la póliza, y el importe del sello correspondiente.

En toda clase de seguros se hacen por el Establecimiento fundador de la CAJA, anticipos para suscribirse con condiciones ventajosas y sin mas garantía que la póliza hasta la víspera del sorteo en que se exige para conceder nuevos plazos.

Se suscribe y se dan prospectos y esplicaciones, en Madrid en las oficinas de la Direccion, calle de Santa Teresa, núm. 8, y en provincias por conducto de los representantes de la Sociedad; en los pueblos donde no los haya pueden hacerse los seguros por medio de cartas que se dirigen á DON FRANCISCO DE P. MELLADO.